

Andrés Sabella

Los mancos



El el trípode ensangrentado y tremendo de la gloria existe, si hay este artefacto para sostener quién sabe qué luz abismal, no debemos dudar que lo forman los tres brazos de ausencia y desventura de Miguel de Cervantes, de Ramón María del Valle Inclán y de Blaise Cendrars, los tres mancos en quienes el azar dobló la sal y a quienes puso tan sólo cinco furiosos dedos para mover el arado estelar y terrestre de la pluma, que es, después de mucho mirarla, el otro brazo que sobresalta la inspiración y agranda la osamenta del escritor.

¡Oh, terceto lívido, oh, jugadores escondidos en los pliegues de la capa sombría del Diablo, cuyo rabo es el brazo que decreta los aquelarres más terribles de la creación!

Nacemos con dos brazos, porque es necesario que la plenitud sea cogida con el ímpetu ardoroso de dos huracanes: en cada mano vienen a vaciarse, misteriosamente, las fuerzas del universo, que va repartiéndolas en los hombres para que éstos, en acto de sabiduría, se la devuelvan multiplicada en virtud y en belleza; así, sencilla y fabulosamente, opera esta ley de vasos comunicantes, este puro trueque de vastedad e intimidad—que viene a ser entero el mecanismo sutil y sagrado, difícilísimo, de la vida.

Pues bien, ¿cómo resolvieron estos mancos, estos varones que aparecen en la iconografía de la ternura como devorados por el chacal, su deber de estranguladores de sus propios fantasmas, de hijos del prestidigitador celestial, de remeros en la regata de la inmortalidad, la regata que principia en una gota de sangre y continúa por las venas hasta vaciarse en la mar ignota y grave que alimenta el sollozo de fastidio del viejo Caronte?

La réplica es ardiente, directa y certera; se despliega, feraz, en cuartillas blanqueadas por la luna de cal de águila de la posteridad: en cada línea del «*Quijote*», de las «*Sonatas*», o de «*Ron*», sentimos crecer el rumor avasallante de una presencia que ha transpuesto el umbral del oficio para consubstanciarse con el Verbo, y adquirir los derechos a llamarse con el don centelleante de los caballeros de la guardia de corps de la inteligencia activa.

El destino, que ama las jugarretas de colegial consentido, ha conseguido, al cercenarles un brazo a estos escritores, una vez más, reírse de la ley cotidiana, sacando lo impar, la excepción, puesto que ellos, con la palanca al rojo de su brazo solitario, movieron la piedra amarga, el escollo de la vulgaridad, echándolos guardabajo de los días y consiguieron el espacio suficiente para el salto y el asalto de la distinción.

En parentesco de singularidad, en línea recta de tal vez y de sorpresa, Cervantes, Valle Inclán y Cendrars pertenecen a la fascinadora familia de «los tatuados», esos elegidos que doblegan las arrogancias de la vida, obteniendo recreaciones de ideas, de matices, o de sonidos, pero cuyo éxito lo pagan con el sufrimiento de una mutilación que hiere, precisamente, el órgano con que afrentaron a la naturaleza: Jean-Arthur Rimbaud, el andariego de las vocales y de los caminos de ocaso y de acaso, el de «las plantillas de viento» que dijera Verlaine, morirá con una osificación desgarradora en sus piernas; Paul Gauguin, ocupado en descubrir las confidencias del verdor, inquiriendo, sin descanso, las relaciones del espíritu con los tonos, agoniza, largamente,

ciego; y Beethoven ha de conformarse con escuchar en resonancia mental, mientras dos gotas de plomo obscurecen su oído de caracol deshecho...

El tronco de «los tatuados» es grueso y en su torno se extiende el campamento alborotado de sus jardineros. Cervantes, Valle Inclán y Cendrars, con su brazo mágico, contribuyen al riego de estas raíces, que semejan las barbas domingueras de Dios.

¡Qué cena curiosa será la de estos tres soldados, a quienes Minerva y el Arcángel Gabriel—el beso en la frente caldeada y la espadita tutelar de las falanges con doble sol de calentura creadora—cortarán la carne y mondarán las frutas!

¡Qué de bellos jeroglíficos de ademán hallaríamos en el aire de estas sobremesas, en las que no caben los brindis mentirosos, porque contrarían a la orden de los de la manga muerta! Cuando se tiene un brazo único, no ha de amustiar-se éste en banalidades, en trabajos que podrían evitarse a la diestra, confiándose los a la siniestra—que sí que lo es, y demasiado, cuando encubre el manotón del anónimo, o aguanta el peso de una injusticia.

¡Qué ganas de emplearnos de ayuda de cámaras de estos desvalidos, para simplificarles el cansancio que les supondrá el sacarse las ropas salpicadas por el barro de las duras caminatas a través de la playa de las ideas, la playa donde el mar se desmelenas, riendo, jocundamente!

¡Qué visión de sacos cosidos por la aguja de la fatalidad la de estos muñones, apretados como la boca de una revelación! Cervantes, Valle Inclán y Cendrars—que no ha muerto, pero a quien agregamos a la comparsa de los mancos en la seguridad que reirá a su manera, una de las más desesperadas y locas que existen (1), perdonándonos la irreverencia—rezan el proverbio de Salomón, pie para un decálogo de la fertilidad: *La mano ne-*

(1) «Blaise Cendrars, el hombre más solo en el mundo», por Nino Frank, «Letras», Santiago de Chile, Año III, número 20, mayo de 1930.

gligente hace pobre; mas la mano de los diligentes enriquece, pues entienden, sobradamente, que, a pesar de su victoria sobre el olvido, razón primera y postrera de la necesidad y de la vanidad literarias, han de seguir en la faena secreta de espigar en sus páginas, evitándoles erratas, suprimiéndoles comas intrusas. Esta es la tarea ineludible, la de la corrección infatigable, la del escritor en llamas de honestidad, ¡y vaya si lo son éstos, cuyas sombras dibujan en nuestra palma mendicante, el triángulo del absoluto frontal!

Ni Cervantes ni Valle Inclán ni Cendrars, sufren con San Mateo, cuando el Evangelista adoctrina la ignorancia de la limosna, tironeando las orejas del fariseo con la norma humilde que: *no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha*; las diestras de don Miguel, de don Ramón María y de Monsieur Blaise dilapidaron el oro de sus sienes y de sus experiencias, ajenas a cualquiera pequeñez. De ahí que el símil adecuado a estas manos, como hechas con fibras de lava, sea un peñón desafiante extendido en medio de una vorágine de aguas y de larvas.

Y queda por averiguar si llevaron un par de guantes, (uno para la mano viva y otro para la espectral), el par de guantes de empleados de la morgue de su tiempo; o si, únicamente, cargaron el guante necesario, abandonando el otro en quién sabe qué mesa de sus sinos, relleno de lágrimas y maldiciones...

Cervantes, Valle Inclán y Cendrars resultan tres hábiles, tres geniales cronistas de su época. Sus obras, aunque llamen en boatos de estilo, encierran el latido verídico de su época y en sus médulas corre la substancia de la hora en que fueron paridos y de las que bebieron para enriquecimiento de sus frentes, tres pliegos macerados por el fuego de la idea, tres murallas para el fusilamiento de todas las concesiones.

El cronista es aquel cazador, que, enmascarado por la urgencia y el aparente *laissez faire*, posee la ciencia del justísimo disparo en la nuca de la actualidad, que habrá de trocarse, merced a su ojo sagaz, en pieza de la trama eterna de los seres y las

cosas: Cervantes, Valle Inclán y Cendrars son cronistas con vibración suculenta, sin términos ni composición de vanos laboratorios. El «Quijote», los libros de la evocación carlista del ácido comediógrafo del «Romance de Lobos» y los retratos de orfebre de noticias y detalles del General Sutter y de Jean Galmont, de Cendrars, exudan la sangre inmediata de la gran crónica. No es por entretención de genialidad que Unamuno ama al «Quijote;» la «Biblia nacional de la religión patriótica de España», (2), y la Biblia es la primera piedra de la crónica universal, la que permitirá al Cronista Desconocido, en el Valle de Josafat que se le agreguen los capítulos y los reportajes que, entonces, y después, leerá la miopía enloquecedora de Jehová, satisfecho y solo sobre la alfombra de cenizas que ha prometido a los siglos por venir...

Valle Inclán habría besado, con boca de amor verdadero, todos los caminos de Jerusalén, de haber podido ser el cronista de las Cruzadas, y, según el concepto capital de Mariátegui, *En España, Eguren habría amado como Valle Inclán los héroes y los hechos de las guerras carlistas* (3).

Ni el apodo les falta para la firma cordial de sus obras: «El Marco de Lepanto», «Don Ramón, de las Barbas de Chivo», «El Hombre Más Solo en el Mundo». ¿No hay gentes que utilizan estas expresiones, desconociendo a qué vidas pertenecen...? ¡He ahí el signo evidente de su perpetuidad bienhechora, saludable y, sobre toda vacilación académica, inextinguible!

En Cervantes, cuyos cuatrocientos años de lechón de Dios celebramos, las coincidencias, flor tónica del cronista, alcanzan a grados teatrales: el 9 de octubre de 1547, en Alcalá de Henares, recibe el toque de la cristiandad, y el 7 de octubre de 1571, o sea,

(2) «Sobre la Lectura e Interpretación del «Quijote», en *Ensayos*, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, Serie II, Volumen 13, Madrid, 1917.

(3) «Contribución de la crítica de Eguren», en *Siete Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana*, 1930.

24 años más tarde, se exalta en Lepanto, bajo las banderas de don Juan de Austria, combatiendo contra la Media Luna, ¡qué él adoraba la Luna Llena de la Poesía! En Baudelaire no son, tampoco, escasos los enlaces: el apellido Duval resuena tres veces esenciales en su pobre vida: en Jeanne, su verdugo; en el letrero anochecido de uno de sus cafetines preferidos, cuando la claridad del genio maduraba su frente de fruta cepillada por el cierzo de los infinitos verbales; y en el médico que se encargará de enseñarle a pronunciar las diminutas palabras de su renacimiento, de su infancia de reblandecido mental, en la proximidad de su ruina definitiva y lancinante, al acertar apenas en el murmullo doliente de «*lune, lune, ma lune...*», que siempre repetiremos como la oración de Viernes Santo del Maestro.

Flota una crónica estupenda en las fantasías que pueden expresarse del brazo cortado de don Miguel de Cervantes; y Bruno Frank, a quien por su honestidad literaria bien podríamos tildar de «*Un Tal Bruno Frank*»..., parafraseando su obra hechizadora *A man called Cervantes*, proyecta, generosamente, en su libro-clave, diferentes crónicas en torno a este cronista, cuyos primeros 24 años se esfuman en la incógnita de una novela que aguarda a su descubridor: ¿qué azares doran y fortalecen al joven Miguel, antes de entrar al servicio del cardenal Acquaviva? Jesucristo, de los 12 a los 30 años, se escurrió por los cortinajes de la historia y es deber del pudor legendario inventarle capítulos a este lapso de acertijo y de suposiciones.

El cautiverio de Argel es otro aspecto de crónica en Cervantes, y, también, espera al que, metiéndose en su artificio de duende en la biblioteca de la pedantería, redacte las cartas que don Miguel escribía para sustentarse, ¡oh, epistolario de joyería! ¡Imagináis al manco, inventando suspiros para los enamorados; lo bosquejáis en el arrobamiento de Don Nadie para la hermosura de la Dama X; lo divisáis, en cuclillas, equilibrando su pitanza y la mentira, en su mano enlutada por la hermanita muerta?

Don Quijote, al que Cervantes puso «*en el mundo, y luego el*

mismo Don Quijote se ha encargado de vivir en él» (4), pudo llegar a mariscal de la caballería andante con la energía de su mano derecha, exclusivamente; la izquierda la reservó para sujetarse la celada de juguetería, para espantar las moscas de la cobardía que cosquilleaban la piel de bestia de circo de Rocinante.

Don Quijote instituyó la Orden de la Poesía Andante con su mano derecha y en esta mano, como un haz florido, cupieron la espada «para defender las doncellas, amparar las viudas, y socorrer a los menesterosos» (5), y los discursos inmortales, el de los cabreros y el «de las armas y las letras», que reservan el lineamiento de esta Orden que Unamuno y Azorín por boca de Don Cándido, (6), han expuesto y resumido en las dos siguientes frases de combate:

«Nos falta quijotismo tanto cuanto nos sobra cervantismo» (7), y:

«¡No, no, señor Azorín! ¡Llévese usted a Cervantes, lléveselo usted en buena hora, pero déjenos usted a don Quijote!» (8).

Don Quijote, midiendo la senda «algo estrecha» de la Poesía, nos ha instruído en su amor y este pensamiento del Conde de Lautréamont surge tal un destello de sus labios: «La misión de la poesía es difícil» (9). Es la misión que requiere de una mano quijotesca que no se venda en la feria de los renunciamientos y que, día y noche, acepte su papel de barredora del cielo, del mar y de la tierra, barredora de sus interrogaciones para el lucimiento de las claridades que, allí, brotan para júbilo del Hombre y la Naturaleza.

(4) Unamuno: ensayo citado.

(5) «Don Quijote de la Mancha», Luis Tasso Serra, Editor, Barcelona.

(6) Personaje de «La Ruta de don Quijote», de Azorín.

(7) Unamuno: ensayo citado.

(8) Azorín: obra citada.

(9) Poesías, Colección Perseo, Editorial Poseidón, Buenos Aires 1945. Traducción de Braulio Arenas.

Don Quijote, poeta de escritura radiante, al caer en el cepo de la normalidad, apunta Rodó: *«Busca la manera de dar a su existencia nueva razón ideal. Convierte el castigo de su vencimiento en proporción de gustar una poesía y una hermosura nueva»*. Su mano es el faro que nos señala el Norte de la creciente dignidad humana; la tea que, en posta de ilusión, movemos, dolorosamente, en nuestro miserable tránsito de aprendices de poeta. De caballero andante pretendió pasar a pastorcillo, al Quijótiz que fué embrión de su *«nueva locura»*, pero la muerte le ganó la partida. La herencia de don Quijote no chorrearía en una diestra de hombre cabal:

¡Seamos pastores, nuevos pastores, conscientes, para alegría del rebaño en que encarnamos lana y música, esto es, el rebaño desorientado de la humanidad!

¡Qué la flauta ideal de Quijótiz, sonando, levísima, en su corazón, hinche nuestra rectitud para el cántico de un día feliz, resurrección de la *«Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino que porque entonces los que en ella vivían, ignoraban estas dos palabras de «tuyo» y «mío»*; ¡qué su caramillo detenga el escupo del plomo fratricida, con el exorcismo ingenuo de estas blancas palabras quijotescas: *«Bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería, a cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invención»* (10)!

¡Qué seamos dignos de cabalgar en Clavileño, rumbo a la estrella natal de don Quijote!

Juzgamos llegado el instante de bregar, porque en el Santoral figure San Quijote, a quien, presintiéndolo, escribió Rubén Darío su estremecida Letanía:

(10) *«Don Quijote de la Mancha»*, edición consultada.

«Rey de los hidalgos, señor de los tristes,
que de fuerza alientas y de ensueños vistes,
coronado de áureo yelmo de ilusión;
que nadie ha podido vencer todavía,
por la adarga al brazo, toda fantasía,
y la lanza en ristre, toda corazón».

.....

«De rudos malsines,
falsos paladines,
y espíritus finos y blandos y ruines,
del hampa que sacia
su canalocracia
con burlar la gloria, la vida, el honor,
del puñal con gracia
¡líbranos, señor!», (11).

Si «la conducta de Cristóbal Colón (12), después de su descubrimiento de América, aparece bajo una luz tan villana de perfidia de crueldad y de codicia, que el corazón se subleva de repugnancia» (13), inspiró, no obstante, a 700 obispos para la solicitud de su canonización, la que fracasó por haberse comprobado «que el segundo matrimonio del héroe no había sido de una regularidad suficientemente canónica» (14), ¿cómo dudar que el casto enamorado de la Dulcinea del Toboso, el esposo de La Poesía Andante, el galán de un dulce espectro de romance y desvarío, de pureza y de imposible, no merece el aura de la beatitud?

Azorín se pregunta, angustiadamente, en «La Ruta de don

(11) «Letanía a, Nuestro Señor don Quijote».

(12) Jacobo Wasserman, lo llama «El Quijote del Océano».

(13) «El Renacimiento», de Funck-Brentano, Zig-Zag, 1939. Traducción de Víctor Silva Yoacham.

(14) Funck-Brentano: obra citada.

Quijote» (15), al «ver muros ruinosos; puertas tapiadas; arcos destrozados:

—«¿Dónde estaba la casa de Dulcinea?», quebrando, acaso por sencilla, la respuesta adorable: la casa de doña Aldonza Zarco de Morales estaba—y sigue allí—, aposentada sobre el ensueño de un leal corazón de poesía, y es en el corazón que arde la hornacina de San Quijote, al que no separaríamos, en el cielo de Amadís, de su magnífico escudero, por haber sido «uno de los hombres más desinteresados que haya conocido el mundo» (16). Sancho Panza, a su turno de justicia, será coronado, asimismo, en Josafat, con el halo de los santos, porque, como San Pafnucio y San Goar, vivió crédulo y humilde, confiando en el milagro, es decir, en la máquina de la poesía: «De donde se viene a sacar, que los que no comen, ni beben, ni duermen, ni hacen las obras naturales que yo digo, estos tales están encantados» (17), al punto conmovedor de proyectar este discurso de fidelidad y de honradez, de vasallaje al mito, sobre el agonizante don Quijote, que es la elegía más translúcida que se le haya escrito al de la Triste Figura de mástil para la bandera de papel de seda de los poetas: «No se muera vuestra merced, señor mío, sino tome mi consejo, y viva muchos años, porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir sin más ni más, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben que las de la melancolía. Mire no sea perezoso, sino levántese desa cama, y vámonos al campo vestidos de pastores, como tenemos concertado; quizá tras de alguna mata hallaremos a la señora doña Dulcinea desencantada, que no haya más que ver»; elegía que contiene, en su final, un mensaje desesperado; un no querer permitir que muera la fábula; una ingenua y estremecida declaración de culpabilidad, condicionando las probabilidades de continuar por los senderos de oro y de barro

(15) Obras Completas, Tomo IX, Rafael Caro Raggio, Editor, Madrid, 1919.

(16) Unamuno: ensayo citado.

(17) *Don Quijote de la Mancha*: edición consultada.

de los desatinos, que define, íntegramente, la grandeza de Sancho, reivindicado por el genio de Unamuno y ya camarada nuestro en el afecto de los grandes amiguitos del caballejo de cartón en que galopamos por la vida: «*Si es que se muere de pesar de verse vencido, écheme a mí la culpa, diciendo que por haber yo cinchado mal a Rocinante le derribaron: cuanto más que vuestra merced habrá visto en sus libros de caballería ser cosa ordinaria derribarse unos caballeros a otros, y el que es vencido hoy, ser vencedor mañana*», (18). ¿Resistiremos, sin llorar, esta cotidiana lección de poesía que Sancho Panza gimiera al capitán más alto de la luna?

El 23 de abril de 1616, Cervantes y Shakespeare conmovieron las entrañas de la tierra, al tocarla con sus carnes, ¡era muchísima carga para la angarilla de los dioses! La vida, gustando unir en la muerte simultánea de estos genios un símbolo, que aun permanece indescifrable, ha intentado, quizás, insinuaros que es el día 23 de abril, el de la efemérides de su propia faz!

Si ponemos atención en la cifra 1616, partiéndola en dos, obtendremos 16 y 16, y si sumamos 1 más 6, en cada uno, resultará 7, el número dilecto de la divinidad: el 7 de la eternidad que cuida las gloriosas cenizas de estos mártires del estilo.

Y si por la suerte de estos mirajes curiosos, observamos, con detención, la palabra *Quijote*, caeremos en la cuenta de ser palabra con un estribo, pues la «j» que la secciona es el estribo en que el Caballero de la Discreción y del Coraje, afirmó su valentía para sobrellevar sus miserias y sus hazañas. Y todavía podríamos especular, con el juego, asegurando que la «t», de *Quijote*, es la vieja lanza manchega, siempre vertical, formando ángulo con las nubes peregrinas...

Los mancos bendigan, con su mano huérfana, de obispos de las cuartillas, éstas que arrojamos a su cara de granito, a sus barbas de laurel.

(18) Id.

En la distancia de los avatares, los tres brazos mochados acaban de «formar pabellón», como los rifles en la guerra, y se los percibe con el sobrecogimiento de una rosa ejemplar, con el respeto de una figura cabalística que nos arrodilla delante de su armazón de colmena, de palacio y de trinchera.

Estos tres brazos mochados han escogido su cardinal. ¿Quién será el que dé el suyo para completar la orfandad del cuarto, el escritor que cierre el cuadrado fecundo de la man-
quedad? Norte: Cervantes; Sur, Valle Inclán; Este, Cendras.
¿Y Oeste...?

¡Ah, cuchilla de la fama, cuántos filos refulgen en tu hoja de nada!

Antofagasta, 1947.